

JUSTICIA SOCIAL Y COMPASIÓN

Los católicos del siglo XX hemos vivido oyendo hablar de, e incluso participando activamente en, el tema de la justicia social.

Desde “Rerum Novarum” de León XIII hasta “Centesimus Annus” de Juan Pablo II, los papas nos han entregado los fundamentos, actualizados a lo largo de un siglo, de una “doctrina social” de la Iglesia o de una “enseñanza social”, como decía Pablo VI. Y esto ha sido comentado, desarrollado y a veces criticado por numerosos autores, principalmente católicos.

Esta doctrina social se presenta en parte como una protesta de la sensibilidad cristiana contra abusos a los cuales unos someten a otros y a una advertencia de los errores que se encuentran en la base de ciertas ideologías que pretenden justificar esos abusos: la revolución industrial del siglo XIX y la situación inaceptable a la que somete el mundo obrero; el liberalismo económico en una forma calificada de salvaje; el socialismo; el marxismo; los totalitarismos... Busca un camino intermedio que respete a la vez la libertad y la igualdad, que no caiga ni en el liberalismo ni en el socialismo; que defienda el bienestar y la dignidad del trabajador sin coartar la necesaria libertad del empresario.

A esta doctrina social católica correspondió una acción social católica, una lucha por la justicia social y por el bienestar social. Se habló primero de beneficencia, de asistencia social, de leyes sociales, de servicio social, de promoción humana, de reforma agraria, de social cristianismo, de democracia cristiana, de liberación... mezclando lo social, lo económico y lo político, a menudo inseparable.

La inspiración cristiana, evangélica, ha sin duda alguna contribuido poderosamente a corregir muchas injusticias y abusos y a mejorar la situación de los mas desfavorecidos. Para muchos, sin embargo, los grandes progresos se han debido mas bien a la ciencia y a la técnica o a la filosofía racionalista o empiricista, a toda la corriente que suele designarse como la “modernidad”.

Al interior mismo de la Iglesia Católica –y talvez de otras Iglesias Cristianas- la doctrina social y la acción social han sido motivo de graves conflictos, de desautorizaciones, de desviaciones, de frustraciones. Muchas iniciativas que se iniciaron en medio de grandes esperanzas han terminado mal; y esto de Le Sillon de Marc Sangnier a principios del siglo, hasta la teología de la liberación, a su final. ¿Por qué?

Acción social de la Iglesia: expresión tradicional, quizás si, hoy día, algo sobrepasada. Talvez porque no suena plenamente evangélica, o explícitamente arraigada en el Evangelio, en la fe y en el amor.

Se habla de acción, de servicio, de realizaciones concretas. Pero el Evangelio no nos dice “servirás” a tu prójimo o “actuarán” en favor de tu prójimo sino “amarás” a tu prójimo. En la medida en que la acción social no aparece como brotando del amor, expresando el amor, en la medida en que el amor al prójimo, la compasión por el que sufre no aparecen en primer lugar, se corre el peligro de que la llamada acción social de la Iglesia se diluya entre los esfuerzos que muchos otros hacen con el mismo fin.

Se habla de acción “social”. Pero el Evangelio no nos dice amarás a la “sociedad”, sino amarás a “ú prójimo” y lo amarás “como a ti mismo”, o sea como persona, no solo como parte de un grupo, los pobres, los

trabajadores, los explotados... Si en la acción social de la Iglesia no se percibe, en cada momento, ese elemento personal, individual, concreto, se confunde fácilmente la llamada acción social de la Iglesia con cualquier otro esfuerzo similar que no tenga necesariamente inspiración cristiana.

Y finalmente, cuando hablamos de acción social “de la Iglesia” o católica lo que tiene para nosotros una resonancia institucional, se pierde un poco de vista que el amor a las personas es la exigencia mínima de la fe de cada cristiano, más que de la institución católica en su conjunto.

Dicho en otras palabras, no hay verdadera acción social de la Iglesia, si no hay en la base cristianos movidos por su fe y por su amor, a querer y a compadecerse de toda persona humana y a ayudarla y a servirla como él quisiera que lo hicieran con él si estuviera en situación parecida. Cuando se pierde el contacto inmediato con el Evangelio, con el trato de persona a persona, en el amor compasivo y respetuoso o sea en lo propio del cristianismo, se cae fácilmente en la ideología, en la política, en el partidismo, en el tecnicismo y vienen las pasiones, las descalificaciones, las suspicacias, los odios y la corriente de la historia se lleva las mejores intenciones y van quedando en el camino las frustraciones y las amarguras.

El cristiano que quiere hoy día integrarse plenamente en la lucha por la justicia y en el servicio de sus hermanos que sufren debe considerar su participación en tres niveles diferentes, que lo pueden concernir en grados diferentes según su capacidad o las circunstancias de su vida.

El **primer nivel** es para todos nosotros, cualquiera sea nuestra posición económica, social o cultural. Consiste en querer a todos los que nos rodean y tratar de darles gusto, de hacerlos felices en lo que de nosotros depende. Implica compadecer a los que están padeciendo y esto no solo con

una limosna o con algún cuidado especial. Es quererlos, es dejar que el amor inspire la actitud y la consulta. Esto se vive en primer lugar en la familia, entre esposos, entre padres e hijos y también con los parientes mas cercanos que necesitan talvez cariño, ayuda, visita, apoyo económico, prestación de servicios. Se vive entre los amigos, los vecinos, los colegas, los clientes. Es una disposición, a veces natural, a veces adquirida, a veces contra el pelo, a hacer felices a los demás.

Esto incluye también el desapego del dinero, la sencillez e incluso la austeridad de vida, la disposición a compartir lo mucho o lo poco que tengamos.

El ave Caffarel, fundador del Roseau d'Or, precursor de los movimientos familiares cristianos me decía una vez que era fácil mantener unidos los grupos de matrimonios mientras se trate temas intelectuales de fe o de ética. Pero que la prueba de fuego para un grupo es cuando se establece la disponibilidad a compartir entre ellos los bienes materiales; pedir cuando uno necesita, dar cuando uno puede dar y excusarse cuando uno no puede dar; agradecer lo que a uno le dar y ofrecer a quien uno sabe que necesita. Y hacerlo todo con naturalidad, con sencillez, tanto para dar como para recibir, tanto como pedir, para ofrecer o para excusarse cuando uno no puede. Cuando se llega a eso, me decía el padre Caffarel, el grupo de matrimonios está empezando a vivir el Evangelio. Esta misma actitud debe extenderse a todos los parientes, a la empleada de la casa, a los vecinos. Algunos aportarán algo de lo que ganan o lo que disponen para vivir para repartirlo mes a mes entre los que necesitan.

El **segundo nivel** consiste en vivir nuestra vida profesional, usar de todos los recursos de que disponemos en nuestra vida de trabajo o en

nuestras relaciones humanas con el ánimo de servir lo mejor posible. Es la enfermera que cuida a sus enfermos como si fueran su familia. Es el empleado público que atiende a sus clientes, a todos, con cariño, con gentileza, sin tramitarlos inútilmente. Es el patrón que maneja su empresa o su negocio pensando en el bien de todos sus colaboradores y sus clientes. Es el profesor que conoce a sus alumnos, los quiere y se preocupa de cada uno de ellos, aunque eso no le signifique un mayor sueldo. Es el que irradia en torno suyo gentileza, buen trato, compromiso, afecto. El que no espera que todo esté perfecto para hacer lo mejor que él pueda, ni le echa la culpa a los demás de todo lo que no está bien, como si su tarea fuera criticar a los demás, quejarse, denunciar y no aportar su parte con buena voluntad. El chofer de micro del servicio público podrá tener una máquina anticuada y en mal estado; pero atiende gentilmente a sus pasajeros, maneja su máquina con cuidado, evitando las maniobras bruscas y dando tiempo a los pasajeros para subir y bajar sin peligro. La máquina nueva y lujosa vendrá cuando se pueda. Pero los pasajeros quedan contentos. Se sienten respetados y acogidos.

El **tercer nivel** talvez no sea para todos, aunque todos pueden aportar algo. Es para los intelectuales, los economistas y los sociólogos, los políticos y los que controlan la economía y tienen el poder y el dinero. A ellos les corresponde contribuir un orden justo, participativo, comprensivo, más igualitario. Un liberalismo absoluto puede talvez maximizar la producción y el consumo. Pero eso no basta. El bienestar y la riqueza deben estar distribuidos en forma equitativa. Todos deben tener lo necesario para sentirse contentos, todos deben tener oportunidades de mejorar, de crecer. Eso contribuye a la paz social, a la solidaridad entre todos, a la esperanza

de una vida mejor, a sentir que uno vive en una sociedad justa, humana. Elimina el temor, el odio, la envidia, la angustia. Y también hay que respetar el ambiente, no sacrificar a las generaciones futuras por un mayor bienestar de los actuales habitantes del planeta.

El poder económico, la capacidad empresarial, la creatividad técnica son necesarias a la sociedad pero el poder económico –muchas veces anónimo y por lo tanto irresponsable- no puede ser la instancia suprema de la humanidad. La conducción de los hombres debe estar en manos de los políticos y estos deben ser elegidos por los ciudadanos y ser responsables ante ellos y ellos deben coordinar y supervigilar el poder económico, la vida social y el bienestar de los ciudadanos y dar garantías para la creación artística y literaria, para la cultura y para la vida religiosa de los hombres.

En Pontificio Consejo “ Justicia y Paz” acaba de publicar un compendio de la doctrina social de la Iglesia que expone esta doctrina en su estado actual. Los pastores de la Iglesia deben estar sin duda estudiando los nuevos desarrollos de la vida y de la cultura humana, de las personas y de las sociedades para, desde el Evangelio, desde el amor a los hombres, señalar peligros o males reales, y sugerir enfoques, o medidas concretas que mejoren la convivencia humana. Nos corresponde a los cristianos también acoger todo lo positivo que surge entre los hombre, aun al margen de una revelación explícita como la revelación bíblica o la enseñanza de las Iglesias Cristianas. El mundo aspira a una ética elaborada entre todos y aceptada por todos: la democracia, la defensa de los derechos humanos, el desarrollo económico y social, la seguridad ciudadana, la igualdad de oportunidades, educación y salud para todos... son anhelos de todos que los cristianos hacemos nuestros y tratamos de perfeccionar como discípulos de Cristo.

Ecclesia in America nos dice que el cristiano del siglo XXI será:

- ✓ una persona que tuvo un encuentro personal con Cristo que le cambió la vida: será un convertido;
- ✓ una persona transformada por el amor;
- ✓ una persona solidaria con todos los hombres, capaz de quererlos a todos y de servirlos a todos.

Doctrina social de la Iglesia: sí. Acción social católica: sí. Pero como reflejos variables de la única enseñanza de Cristo: Amarás al Señor tu Dios y a tu prójimo como a ti mismo.